

A toute épreuve

134



Carme Tort

Está la poesía de Paul Éluard, el surrealista francés, pero no en el sentido multiforme de la prueba por nueve de Cocteau,¹ sino en su aspecto más interesante, es decir, el de su valor humano. Se relaciona de este modo con Lautréamont, Corbière, Laforgue, del cual Pound habla ahora en estas páginas. Los poemas de Pound habrían sido editados –como lo fueron los de los poetas citados– por el *Mercure de France* si revista y poeta no se hubiesen excluido uno al otro, siendo el poeta miembro de su grupo todavía vivo en Francia y la revista literariamente vaciada. Si algo me parece cercano al poeta es una tumba –la de Baudelaire, en Montparnasse– los días

en los que la lluvia anima al verde y oscurece el aire de mascarón de proa, y al mismo tiempo de ahogado, de poeta maldito. Nada hay más enfermizo que la tristeza que emana este lugar y nada más cargado de musgo que los versos de Paul Éluard: húmedos, se desgranán con un ritmo dulce, más de lo que su contenido habría querido. Versos bajo la luz verde de la luna que perfila y agrupa las cosas, como en una postal. Es necesario ir a buscar en la finura del colorido de esos paisajes alpinos de las postales alemanas de antes de la guerra significados como:

*Villages de la lassitude
où les filles ont les bras nus
comme des jets d'eau.*

O bien ésta que podría titularse un grabado de finales de siglo:

La montagne la mer et la belle baigneuse.

Veo sonreír a los putrefactos paisajistas –degeneraciones del impresionismo– que de cuanto se ha dicho creen tal vez que Éluard es uno de ellos. Ignoran que no hay diferencia entre «hombre» y «cosa» (hasta en Virgilio dos montañas, con una luz mayor, se vuelven cuerpos humanos). Más todavía: todo cuanto existe en virtud del sujeto que lo contempla. No podemos saber lo «verdadero» de las muchachas que nos gustan porque ellas a fin de cuentas no viven más que en cuanto poco a poco nosotros las hemos creado. Lo que en cambio no se puede ignorar es la propia vida. Así, puede decir Paul que

es su garganta la que hace detener la mano que la acaricia –ya antes abierta por su sonrisa– y es sólo la propia garganta la que podrá suprimir esta mano.

No son los ojos los sentidos que –según la opinión común– perciben el único mundo posible, sino los instrumentos que dan materialidad al mundo exterior, que de este modo descubre que es pura creación de nuestro espíritu. Ya lo ha dicho Blake: la firme convicción de que una cosa existe de una forma dada, le da existencia efectiva. Wilde ha hablado de la naturaleza imitadora del Arte, etc.

¿También la muerte es figuración de nuestro espíritu? Sabemos de aquel que sostenía que el mundo había sido creado por él y cada vez que cerraba los ojos el mundo desaparecía. Tal vez ésta es la idea de Éluard, pero la única cosa cierta es que por costumbre dejamos que la vida gotee sobre nuestro rostro preparando la máscara fúnebre. Quién sabe si la perfección de ésta última provoca la idea del tránsito. Porque si –volviendo a Blake– el cuerpo no es más que una parte del alma percibida por los sentidos (y sabemos de qué modo estos son caducos y embaucadores), la muerte queda reducida a un incidente. Sólo el espíritu es eterno; y sólo él constituye nuestra realidad.

Mientras el pontífice del surrealismo André Breton es demasiado orgulloso (por resentido) y político para ser artista, y Aragon está demasiado preocupado –él, el primer estilista de la Francia actual– por la serenidad, la poesía de Éluard es la única que tiene vida, lejos de aquella función fisiológica de Benjamin Péret para el que el papel es poco. No es por nada que me complació constatar que nuestro Luis Cernuda –uno de los verdaderos *first rate poets* españoles– está más cerca de Éluard que del poeta Péret.

Nota

¹ Cocteau afirmaba que toda obra de arte debía satisfacer por igual a las nueve musas (N. del t.)

Publicat per primera vegada a *Il Mare. Supplemento Letterario* (any 1, núm. 8 [26 de novembre de 1932]).

Traduït de l'italià de Juan Antonio Masoliver Ródenas.